

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUCIGALPA; 1.º DE OCTUBRE DE 1901

NUM. 5

Manos en las tinieblas

En la hosca noche de mi duelo—sentí que unas manos tenues se posaron en mi cabeza,—como dos alas sobre un abismo.—Y que acariciaron mi frente en la tiniebla—con una sutil caricia inefable.

Al punto mis pensamientos de luto y de sangre—se convirtieron en flores—que perfumaron mi alma.—Y en la noche de mi angustia—brilló una luz blanca—que iluminó mi mundo interior.

Rozaron mis sienes como dos mariposas de seda.—Tocaron mis párpados como si fueran pétalos de un lirio maravilloso.—Jugaron con mis cabellos levemente,—como dos tibias ráfagas de una brisa de otoño.

Yo permanecía inmóvil—bajo la intensa caricia dulcísima.—Inmóvil y pensativo entre la sombra.....—Hice un impulso para tomar aquellas manos,—pero las mías no se movieron—á pesar de mi voluntad,—como si estuvieran muertas.

Entonces me imaginé aquellas manos frágiles y difuntas—hechas de aire y de misterio, impalpables y amorosas,—y ví con los ojos de mi fantasía—que los dedos sutiles al moverse,—dejaban sobre mi cabeza un resplandor de blancura funeraria.

Después sentí que me invadía un sueño—dulce como un beso de los labios amados.—Y que caía en él—como en los brazos de una virgen querida por largo tiempo.—De una virgen que anhelará dormir—triste y exangüe—sobre mi corazón.

Cuando desperté,—una serenidad insólita llenaba mi espíritu,—en el que había una nueva luz y un nuevo perfume,—co-

mo si en él cayera una lluvia de rosas—y en su cielo nocturno apareciera la estrella divina de la Esperanza.

Manos misteriosas de mi ensueño visionario!—Manos de alguna criatura de amor—que me recuerda más allá del sepulcro!—Venid á acariciarme en la hosca noche de mis duelos,—rozando mis sienes con vuestros dedos sensitivos!

Que yo os sienta llegar—como dos lotos sagrados—cuyos pétalos se plegaran sobre mi cabeza;—como dos alas silenciosas—bajo las cuales dormirán mis pensamientos!

Y que expíe yo el divino placer de vuestro encanto—con el hastío de las banales cosas de la vida,—con la honda amargura de una nostalgia inconsolable,—con el dolor aleve de una melancolía profunda!

FROILAN TURCIOS

La última sonata

Es una frase de una línea, lenta de infinita tristeza, que va y vuelve sin cesar, como un sollozo único y largo. A ella se unen algunos sonidos sofocados; cada acento se prolonga con los que siguen, y muere sordamente, como un grito que acaba con un suspiro; de modo que cada nueva explosión de sentimiento lleva por cortejo las quejas antiguas, y, con la lamentación suprema, se mezcla siempre el eco debilitado de los primeros dolores. Nada hay de duro en esta queja, ninguna indignación, ninguna rebeldía. El corazón que la emite no dice que es infeliz, sino que la felicidad es imposible; y, en

esta resignación, encuentra la calma. Como un desventurado destrozado á causa de una caída tremenda, y que, tendido en medio de un desierto, ve la fulgurante pedrería del cielo tachonar la bóveda de su última noche, se desprende, se olvida de sí mismo, y no piensa ya en reparar lo irreparable; la serenidad divina de las cosas infunde en él una dulzura secreta, y sus brazos, que no pueden ya levantar su cuerpo martirizado, se abren aún y se dirigen hacia la belleza inefable que brilla á través de aquel místico universo. Lágrimas del sufrimiento se agotan insensiblemente para dejar paso á las del éxtasis, ó más bien, ambas se confunden en una angustia mezclada de delicias. A veces estalla la desesperación, pero al punto reaparece la poesía, y las modulaciones más desesperadas se exhalan envueltas en una magnificencia de acordes tan extraordinaria, que lo sublime sobresale y lo cubre todo con su penetrante armonía. Al fin, después de un gran tumulto y un gran combate, lo sublime sólo subsiste; la lamentación, transformada, se convierte en un himeneo que corre y resuena, llevado en un concierto de notas triunfantes. Alrededor del canto, en lo alto, abajo, en multitudes aprensadas, entrelazadas, extendidas, va un coro de aclamaciones que crece y dobla incesantemente su vehemencia y su alegría. El teclado es insuficiente, no hay voz que no tome parte en aquella fiesta, las más graves con sus truenos, las más altas con sus gorjeos, unidas todas en una sola voz, una y múltiple, como aquella rosa divina que vió Dante, cada una de cuyas hojas era un alma bienaventurada. Un canto de veinte notas ha dado origen á tan diversas emociones! Así en una catedral gótica, la ojiva chata de la cripta se encorva en arcos á la fúnebre claridad de las lámparas, entre muros húmedos, en la lúgubre obscuridad que envuelve la tumba de un muerto; después, arriba, en la iglesia, libre repentinamente del peso de la materia, se yergue, sube en columnitas hasta el cielo, hermosa las vidrieras con sus festones, extiende sus tréboles en los rosetones iluminados, y hace del templo un tabernáculo.

HIPÓLITO TAINE

El viejo Rey

(FRAGMENTO)

En el castillo de Andaine, en la gran sala de las tapicerías, desde la caída del día hasta la salida del sol, el año en que se vió aparecer en el cielo un pájaro de fuego.

FLORINDA

Acaba de preparar las lámparas de barro que arden; flores en los jarrones de bronce; abre la parte superior de la ojiva; sus ojos contemplan durante un tiempo la noche, mientras que el viento agita su gorguera como las alas de un ángel. Bate sus manos y exclama con alegría, contando con sus dedos al ver aparecer una á una las estrellas:

Un ojo, dos ojos, tres ojos: es el ojo de Dios; dos, son los ojos azules de Jesús, que sonríe á su madre. Nuestra Señora; tres, son los Reyes Magos, de rodillas en la paja y la gloria del establo. Un ojo, dos ojos, tres ojos: las tristes llamas de las lámparas han temblado como las almas cuando en el alba el ángel llora llamándolas á la prisión del purgatorio.—Oh! si fuera libertada yo también, sobre alma de amor, toda una noche de otoño. Ó, Dios mediante, todo un día de primavera, cuando los sauces son tan dulces, tan azules, tan verdes, tan tiernos con sus lágrimas floridas; libertada un poco, aunque fuera de mi amor, Yolando, señor que me tenéis siempre encerrada en la prisión amorosa de vuestro corazón obscuro y dulce.

¡Oh, Yolando! Vuestro corazón es negro como una torre, y en ella me alimento de un pan más duro que los anillos con que encerraste mis piernas y mis brazos blancos. Yolando, los brazos de la pobre sirvienta son blancos y cálidos como el toisón de los corderillos, como los corderillos recién nacidos que tiemblan sobre sus piernas.

Estoy embriagada con el perfume de las estrellas. Oh! cielo, jardín lleno de tomillo y de oxiacantos, jardín lleno de rosas y albahacas; he aquí el coro amoroso

de las siemprevivas, he aquí el príncipe Iris, que sourie bajo su casco de cimera violácea. He aquí el clavel rubio y paje adolescente; he aquí á Volando, sol florido en el sol de mi ensueño!.....

REMY DE GOURMONT

Q una virgen

Yo adoro tus dos trenzas, magníficas y oscuras;
Tu frente sin manchilla donde el pesar se ve,
Tus grandes ojos tristes, poblados de ternuras,
Que con mis labios trémulos y ardientes cerrai

Tus pálidas mejillas de pálidas alburas,
Tu boca en cuyo aliento la gloria beberé,
Tu cuccilo, que envidiaran las vírgenes más puras;
Tus hombros y tu talle, tus manos y tu pie.

Amo también tu espíritu frágil y visionario.
Frágil y visionario, dulce y extraordinario,
Que se encarnó en tus formas tranquilas de vestal;

Y llegaré á tus brazos, á mi pasión abiertos,
Como las naves llegan á los ansiados puertos
Venciendo los escollos del piélagó fatal.

JUAN RAMÓN MOLINA

El brazo al aire

Como si alguien se hallase empotrado
del negro estribo de pared gigante,
cual si fuese escultura fantástica,
un brazo asoma con la mano al aire:

Arabesco de carne de momia
que con el índice y pulgar ofrenda,
al alcance del hambre del pobre,
hostia de caridad, una moneda.

El mendigo, el anciano, la viuda
que un niño oprime contra el pecho exanguie,
llegan tristes en fila doliente
al brazo que se alarga hacia la calle.

Sortilegio divino ó diabólico,
la mano ha aparecido con la aurora,
y la plebe crizada ha ido á verle
las monedas soltar unas tras otras.

Los humildes de Dios han cogido
y besado llorando la moneda:
el orgullo y los vanos, hambrientos,
no han querido tomarla, de vergüenza.

Mudo, armado, glacial y colérico,
el egoísmo inesperado entonces,
consternado, blandiendo su hecha,
se llegó al brazo y lo cortó de golpe..

FRANCISCO GAVIDIA

Balada de la cárcel de Reading

FRAGMENTO SEGUNDO

DURANTE seis semanas nuestro soldado hizo su paseo en el patio, en su traje de un gris plomizo; sobre la cabeza el gorro de cricket, y su paso parecía ligero y alegre. Pero jamás he visto á un hombre fijarse tan intensamente en el día.

Jamás he visto á un hombre con ojo tan intenso hacia esa pequeña tienda azul que los prisioneros nombran cielo, y hacia cada una de las nubes errantes que arrastran su toisón aterciopelado.

No retorcia las manos como esos hombres insensatos que tratan de hacer vivir á la Esperanza, esa niña maldita, en la bóveda de la negra Desesperanza. No miraba más que el cielo y bebía el aire de la mañana.

No retorcia las manos, ni lloraba, ni siquiera se acongojaba; pero bebía el aire como si contuviera alguna virtud anodina; bebía á plena boca el sol como si hubiese sido vino.

Y los demás penados y yo, que nos paseábamos en el otro patio, llegábamos á olvidar si habíamos cometido mucha ó poca falta, y observábamos con una mirada de lúgubre asombro al hombre que debía ser ahorcado.

Y era extraño verle tan ligero y tan alegre; y era extraño verle fijarse tan intensamente en el día; y era extraño el pensar que tenía que pagar una tal deuda.

El olmo y la encina tienen un follaje agradable que brota en el momento de la primavera; pero es odioso ver el árbol del patíbulo con su raíz mordida por las víboras, y verde ó mustio, que un hombre deba morir antes de que ostente su fruto.

El lugar más alto es ese sitio de gracia al cual tienden todos los esfuerzos ambiciosos; pero ¿quién desea encontrarse con una corbata de cañamo, suspendido sobre un andamio, y al través del collar mortal arrojar la última mirada al cielo?

Es dulce bailar al son de los violines, cuando el Amor y la Vida son propicios; bailar al son de las flautas y de los laúdes es delicado y raro; pero no es nada dulce bailar en el aire con pie ágil.

Así, con ojos curiosos y enloquecientes suposiciones, le observábamos día á día, y nos preguntábamos si cada uno de nosotros no acabaría de esa misma manera, pues nadie es capaz de prever hasta qué rojo infierno puede su alma ciega sepultarle.

Al fin, el condenado no se paseó más con los detenidos, y supe que permanecía en pie en la horrible caja negra á donde comparecen los acusados, y que nunca más en este suave mundo del Señor vería su rostro.

Como dos navíos en peligro que pasan en la tormenta, nos habíamos cruzado en el camino; pero no nos hicimos ningún signo, no nos dijimos la menor palabra, y no tuvimos ninguna palabra para decirnos, pues no nos habíamos encontrado en la noche santa, sino en el vergonzoso día.

OSCAR WILDE.

Último rima

Yo he soñado en mis lúgubres noches,
en mis noches tristes de penas y lágrimas,
con un beso de amor imposible,
sin sed y sin fuego, sin fiebre y sin ansias.

Yo no quiero el deleite que enerva,
el deleite jadeante que abraza,
y me causan hastío infinito
los labios sensuales que besan y manchan.

¡Oh mi amado! mi amado imposible!
Mi navío soñado de dulce mirada!
Cuando tú con tus labios me beses,
bésame sin fuego, sin fiebre y sin ansias.

Dame el beso soñado en mis noches,
en mis noches tristes de penas y lágrimas,
que me deje una estrella en los labios
y un tenue perfume de nardo en el alma!

JUANA BARRERO

Salomé

En el palacio hebreo, donde el suave humo fragante por el sol deshecho, sube á perderse en el calado techo ó se dilata en la anchurosa nave;

Está el Tetrarca de mirada grave, barba canosa y extenuado pecho, sobre el trono, hierático y derecho, como adormido por canceiones de ave.

*Delante de él, con veste de brocado,
estrellada de ardiente pedrería,
al dulce son del bandolín sonoro.*

Salomé baila y, en la diestra alzado,
muestra siempre radiante de alegría,
un loto blanco de pistilios de oro.

JUAN DEL CASAL

Heredia

Tu gloria llena todos los confines
con la luz de su roja llamarada,
tu libro es una cratera sagrada,
digna sólo de olímpicos festines.

Son tus versos heráldicos paladines
que trotan á bandera desplegada,
ocinando aristocrática mesnada
al heroico sonar de los clarines

Oh, último poeta, quién pudiera
perseguir el albor de tu cimera
ostentar tu blasón como amuleto.

y aprisionar con impecable mano
todo el lustre del ritmo castellano
en la mailla ideal de tu soneto!

AMADO NERVO

Días que fueron

LÁGRIMAS, vanas lágrimas, yo no sé que quieran decir—lágrimas de lo profundo de una como divina desesperación—brotan en el corazón y se reúnen en los ojos—á la vista de los felices campos de otoño—al pensamiento de los días que han pasado.—Frescos como el primer rayo fúlgido, sobre una barca—que nos devuelve los amigos del mundo submarino;—tristes como el último, rosado, sobre la barca—que naufraga con todo lo que amamos;—de ese modo son tristes y frescos los días que han pasado.—Ah! tristes, extraños, como en un alba obscura—el gorjeo de los pájaros apenas despiertos—para oídos moribundos, cuando á ojos moribundos—la ventana lentamente forma un cuadro pálido.—Así tristes, así extraños, son los días que han pasado—caros como los besos recordados después de la muerte;—dulces como los imagina

dos por un fantasma sin esperanza en labios que son para otros; profundos como el amor; y salvajes, de pena —¡Oh! Mueren en la vida son los días pasados!

ALFREDO TENNYSON

¶ un maestro

Si la ambición de gloria te ha poseído,
Ahógalala sin dolor; tu pensadora
Frente, que altos ideales atesora.
¡No ha de ceñir el lauro merecido!

Tú vencerás sin pompas y sin ruido:
Que si tu obra es eterna y redentora,
Vive tu fama lo que dura una hora.
Y es presa prometida del olvido!

Eres sólo un aliento; Dios te guía:
Sigue en tu senda derramando el día
A la seña fulgente de tu mano:

Y busca galardón en tu conciencia,
Pues nacies en la áurea espiga reverencia
La fuerza que hizo germinar el grano!

JERÓNIMO J. REINA

¶ Por las calles

CROQUI LONDONENSE

¿A dónde vas, joven soldado?—dice el poeta; y yo, pensando en tí: ¿a dónde vas, chiclea de las calles, *girl* inglesa de dieciocho años, con tus ojos azules claros como el agua, con tus cabellos rubios cortados cerca de la nuca, con tu boca de rosa y tus mejillas de niño? ¿A dónde vas, pequeña *girl*, caminando sobre las baldosas de esta acera de Picadilly, cuando en el reloj de la torre St. James, allá en el cabo de la calle, la aguja marca las diez de la noche, y cuando las claridades que iluminan las ventanas de las casas virtuosas comienzan á apagarse?

Con tu vestido de color claro, tu ancho sombrero y tus guantes rojos, sonrías al transeúnte con sonrisa casi ingenua, y lo que buscas es con que vivir mañana sin trabajar. Y si no llegas aquí sino á las diez, es que vienes á pie desde muy lejos, desde uno de los barrios donde las casas cuestan barato; y vives allí con alguna de tus camaradas que fué de cacería por su

lado. Mañana por la mañana, una de vosotras, con las mangas del vestido blanco volteado hacia dentro y el ancho sombrero á flores sobre la cabeza, limpiará los cristales del único balcón de la casita, en tanto que la otra prepara el thé, el *roast-beef* y las tajadas de pan con manteca sobre la mesa de vuestra sala, donde Shakespeare duerme sobre algunos ejemplares de novelas ilustradas. Pero esta tarde?... De pasante en pasante vas errando, casi cándida, ni cínica ni brutal; y al que te rechaza menos duramente que los otros le pides para beber aguardiente; y pronto, ahora mismo, podré verte de pie, cerca de la mesa del *Bar*, en medio de otras jóvenes, tiernas como tú, cerca de hombres cubiertos con andrajos; y tu faz de ángel revelará ingenuo placer mientras apuras el ancho vaso de brandy. Después seguirás errando sobre la acera cada vez más silenciosa.

....¿A dónde vas, pequeña *girl*? ¿Hacia qué fin lamentable de orgía y de borrachera? Sin embargo, entre el vicio y tú no hay de común sino el dinero que te proporciona; con una rentecilla y un esposo serías feliz. La corrupción no te ha marcado en la cara, como á tu hermana maldita de los boulevares de París, cuya boca brilla carminada bajo una máscara de polvos de arroz, y cuyos ojos penetrantes irradian bajo las cejas, gastadas por la pintura. Mas ¡oh chiclea de Londres! para el soñador que te sigue con la vista, cuánto más triste no es tu monótono paseo que el de tu viciosa hermana parisiense!..

PAUL BOURGET

¶ La rima de los Oyes

CUANDO te hablen del luto más amargo,—de las desolaciones más amargas,—de la amargura de las negras hieles,—de la negra agresión de las nostalgias,—de las almas más tristes y más torvas,—de las frentes más torvas y más pálidas,—de los ojos más turbios y más secos,—de las noches más turbias y más largas,—de las fiebres más bravas y más rojas,—de las

iras más sordas y más bravas:—acuérdate del tétrico enlutado—de la lira siniestra y enlutada,—envuelta en negros paños, como un féretro,—llena de sonos y de voces vagas,—cual si gimiera una alma tenebrosa—en el hueco sonoro de su caja.

Qué noche! Palideces de cadáver—temían los fulgores de mi lámpara,—y como una grande ave prisionera—latía el corazón allá en la estancia,—que estaba fría y negra, triste y negra:—negra con la presencia de mi alma!—De un rincón donde había mucha noche,—como un enorme horror, surgió un fantasma.—Acuérdate del ojo más opaco,—de la frente más lívida y más calva.—del presagio más triste de tus sueños,—de un miedo estrangulante como garra,—de la angustia de intensa pesadilla—que se siente caer como una lápida,—de la noche del Viernes doloroso.....—Y piensa luego en mí: ¡vo era el fantasma!

¡Ah, cuando oigas hablar de esos tormentos—cuyo amargor anega las gargantas,—que aprietan los sollozos delirantes—como filosos garfios de tenaza.—¡Ah, cuando oigas hablar de esos delirios—que atormentan las vidas desoladas,—como los vientos nubios que atormentan—la desolada arena del Sahara.—¡Ah, cuando oigas hablar de esas pasiones—que vuelca el corazón como la lava—(candente sangre de las hondas vetas—que vuelca la erupción como honda náusea).—¡Ah, cuando oigas hablar de esas angustias—que oscuros huecos en los pechos cavan,—cual la enorme espiral de remolinos—que perfora en los golfos la resaca:—diles que existe un lóbrego paraje—en la infinita latitud de mi alma,—con silenciosas noches de seis meses—cual la triste península Kamchatka.—Que allí vive la musa de los Ayes,—mi concubina desolante y pálida,—en cuyas carnes hostilmente frías—se quiebra la intención, como una espada.—Que allí existe una cumbre siempre muerta—bajo el aire polar, y que se llama—Monte de las Tristezas, y que moran—familias de cipreses en sus faldas.—Que allí flotan; lamentos de suicidas,—que allí humea una estéril solfatara,—donde están, capitales del Orgullo,—nu-

merasas Pourpeyas enterradas.—Que allí ruge una mar de ondas acerbas—que enturbian los asfaltos y las naftas,—y que en ellas las almas desembocan—los tristes sedimentos de sus llagas.—Que allí brama la fiera que está oculta—tras el perfil de la frontera atávica,—que allí ladran los dogos formidables,—que allí retoña en su raíz la garra,—que allí recobra la siniestra célula—todos los cienos de su obscura infancia!

¡Ah, cuando oigas hablar de esos errantes—cuya leprosa piel quema y contagia,—cuando entres á esos lúgubres talleres—donde baten los hierros de las armas,—cuando sueñes que un sapo te acaricia—con su beso de almizcles y de habas,—cuando recuerdes á Luzbel llorando—un llanto cruel como collar de brasas:—acuérdate del tétrico enlutado—de la lira siniestra y enlutada,—que vibra como un féretro sonoro—que mantuviese prisionera una alma;—de los sonoros féretros que vibran—cual las liras siniestras y enlutadas,—del pálido siniestro que te besa,—del beso de huracán que hay en tu alma,—del huracán que pone con un beso—sus negros labios en tu frente pálida,—de la estrella y la noche:—de tu alma y de mi alma!

LEOPOLDO LUGONES

Versos de álbum

I

Cuando los ojos abren
Por la mañana,
La luz que de ellos brota
Parece el alba;
Si al mediodía,
¡Libreme Dios de verlos
¡Me cegarían!

II

¡Olé por las muchachas
Como querubes,
Que llevan dentro el alm
Cielos azules,
En donde bogan
Los blancos pensamien-
Como palomas!

III

Y á tí, la dulce niña,
La gaditana,
Te digo en este día:
¡Viva la gracia!
Luzca en tu pecho
Amor sus galas todas,
Y ...¡anda, salero!

VALENTIN DURON

El Mar Muerto

Un pálido viajero del desierto
Que abandonó la errante caravana.
Me dijo la parábola cristiana
Del mar aquél, paralizado y muerto.

Sobre el horror de su horizonte abierto
Un sol opaco su fulgor desgrana;
Y como el seno de mujer liviana.
Su dorso está de corrupción cubierto.

Imagen de ese mar, mi pensamiento
No agita ya sus ondas gemidoras
A los besos quiméricos del viento;

Y extinguidas sus místicas auroras,
Sólo guarda en su seno macilento
Un enjambre de ideas corruptoras!

AGUSTO C. COELLO

Benvenuto Cellini

PARAFOS DE UN ESTUDIO

JAMÁS siglo alguno profesó admiración tan ingenua y tan profunda por las obras maestras ejecutadas por la mano del hombre. Al salir del caos de las épocas bárbaras, la escultura antigua salía del sepulcro y aparecían á la luz del sol desconocidos tipos de grandeza y de hermosura. Bajo su divina influencia, el genio humano, largo tiempo estéril, recuperaba sus fuerzas plásticas y concebía y engendraba formas exquisitas y grandiosas. El mundo vivo contemplaba desvanecido y encantado al mundo inmóvil, que era para él una segunda creación, tan fecunda y tan espontánea como la otra. El hombre se volvió á encontrar en la actitud de asombro de Adán al despertarse en medio de un pueblo infinito de seres alumbrados por la primera aurora.

Francisco I llama á Benvenuto Cellini y le hace instalar en Francia su fragua de Polifemo. Le colma de dones y le regala un castillo para que le sirva de taller, y le llama "su amigo." "Te ahogaré en oro," le dice un día. Recibe cada aguamanil, cada copa y cada estatua que éste le presenta, con adulaciones reales, con magníficos elogios:

"¡He aquí un hombre que verdaderamente merece ser amado!"

"Amigo mío, no sé quién es más dichoso, si el príncipe que encuentra un hombre que llena sus deseos, ó el artista que encuentra un príncipe que sabe comprenderle."

¡Cómo asombrarse de que tenga orgullo un hombre que logra ser el compadre de los Papas y el amigo de los Reyes! El tesorero de Francisco I quiso hacerle viajar en posta. "Así viajan los hijos de los duques," le dijo para que se decidiese.— "Como no he sido nunca hijo de duque, le respondió Cellini, ignoro cómo viajan; pero sé que los hijos de mi arte viajan haciendo pequeñas jornadas."—Un mayordomo del duque de Florencia que el artista maltrata según su costumbre, se asombra de que el duque se juzgue digno de hablar con una persona como él.— "Los hombres como yo, son dignos de hablar á los Papas, á los Emperadores y á los grandes Reyes. No se encuentran dos de mi talla en todo el mundo, y á gentes como vos se les halla por docenas en todas partes." No se vió nunca vanidad tan feroz; era un pavo real armado con el pico y las garras del ave de rapiña. Es preciso que todo ceda y sucumba ante él. Sólo él posee el genio, la gloria y la ciencia infusa. No concede talento á sus rivales, ni aun á los más ilustres, no; se los niega radicalmente.

El plomo del artista en el exceso de presunción no puede ir más allá. No se pavonea sólo con perpetuas apoteosis empenacha un día con una aureola su toca florentina, y viviendo se canoniza á sí mismo. "No puedo pasar en silencio la cosa más asombrosa que aconteció á hombre nacido. Quiero que se sepa que después de la visión que he referido, me que-

dó sobre la cabeza un fulgor milagroso que han visto perfectamente los amigos á quienes lo hice observar. Se le percibe sobre mi sombra por la mañana, durante dos horas, contadas desde la salida del sol, sobre todo cuando el césped está empapado de rocío, y por la tarde á la hora del crepúsculo. Esto lo noté en Francia, en París: allí se distinguía mejor que en Italia, porque en ese país el aire está con más frecuencia cargado de vapores. Puedo sin embargo verlo y enseñarlo á los demás en todas partes, pero siempre se ve más confuso que en Francia."

Todo lo que se roza con el arte es sagrado para Benvenuto. Su arte lo posee enteramente, de tal modo, que esculpe lo impalpable, cincela los sueños. Cuando le aprisionó Paulo III en el castillo de Santo Angelo, tiene una visión en la que se le aparece el sol como un disco enorme que representa alternativamente á Cristo y á la Virgen. "El sol sin rayos se asemejaba á un baño de oro fundido. Mientras que reflexionaba en ese fenómeno, el centro del astro se hinchó y salió de él un Cristo crucificado, de la misma materia luminosa. Respiraba la gentileza y la mansedumbre que el mundo es incapaz de concebir... después, el centro del astro se volvió á hinchar y adquirió la forma de una Madona encantadora, sentada y teniendo en brazos al Hijo Divino, que parecía sonreír. La Virgen estaba colocada entre dos ángeles de increíble belleza."

PAUL DE SAINT VICTOR

En la sombra

PARA ALFREDO MELOSI

¡Oh formidable: voz de lo infinito que hasta mí llegas en las noches negras y que cruzas el páramo de mi alma con el áspero ritmo desolado de un doliente clamor!

¡Surges de los lejanos horizontes ó del profundo abismo de la sombra, de la explosión de gérmenes fecundos ó de la niebla helada de la muerte?

Yo no sé de qué sima tenebrosa
ó de qué cumbre floreciente vienes
á cantar en mi espíritu tu leda
melodía invernal!

A veces errabunda y apagada
como un hondo suspiro agonizante,
ó ronca y vibradora como el trueno,
pero siempre profunda y misteriosa,
te he sentido gemir en la alta noche!

Cuando los grandes árboles inmóviles
erigen sus figuras angustiosas
como negros espectros de la bruma,
y un sagrado silencio reina en torno
de los seres dormidos y las cosas,
llega al fondo de mi alma ese sollozo
como doliente voz de la otra vida,
que implora y que maldice á un tiempo mismo!

¿Será el alma del viento ó el espíritu
de la noche de luto el que así flora,
resonando en lígubre gemido
como canción ultraterrestre y am a
bajo el dumbro sombrío de los cielos?

¿O la voz de los muertos
dilatada en los ámbitos oscuros,
como protesta del olvido humano
reveladora que el poder del tiempo
y...
...son las grandes fuerzas
á cuyo empuje portentoso ceden
la pasión, el amor, las energías
y todo cuanto forma la existencia
de los miseros seres que se agitan
con una acción irregular y eterna,
y en los que muere y se perdura
en el dolor, en la vida del recuerdo?

FROLAN TURCIOS

NOTAS

Flores nupciales.—

Nuestro amigo, General don Máximo B. Rosales, ha contraído matrimonio con la distinguida señorita Concepción Fortun.

Que la vida sea para ellos un oasis fresco, poblado de rosas!

Que la flor del naranjo les perfume el corazón, inolvidablemente; para que hoy en la primavera y mañana en el invierno de los años, brille en sus espíritus la luz prodigiosa del Amor inmortal!

El hijo de un gamonal.—

Este es el título de una novela costarricense que ha llegado á nuestra mesa de redacción. Su autor es don Claudio González Rucavado.